

— Vaya, bien decia yo que alguno de los dos se habia muerto, «exclamó el delicado cortesano para terminar su arenga.»




---



---

#### CAPITULO XIV.

Primavera.—Controversia de los señores Owen y Campbell.  
—Baile público.—Separacion de los dos sexós.—Libertad de la América del Norte.—Suplicio.

La primavera en América no es ni con mucho tan agradable como el otoño; ambas estaciones marchan con paso incierto y vacilante, pero esa lentitud é incertidumbre que son tan deliciosas en el otoño son fastidiosísimas en la primavera. En el primer caso se recibe la despedida de un amigo que cada vez nos muestra mas dulzura, mas halago, y su tardanza no puede parecernos pesada; en el otro escapamos de una caverna fria y horrorosa, mazmorra obscura donde hemos sido esclavos, arrastrando cadenas de hielo negro, sufriendo azotes de viento, y dónde el único consuelo es el ahogarse en una atmósfera de humo. Aunque, si se reflexiona, me parece mucho mas razonable, en lugar de quejarse del paso lento de la primavera de la América del Norte, de-



clarar que no se conoce semejante estacion en aquel clima. El hermoso otoño suele prolongarse hasta Navidad, pues ya en ese tiempo no se puede jugar mas con el invierno, que generalmente se apodera con furia de los meses que llamamos primavera, y no los suelta hasta que de repente vuelve la espalda y cede su conquista al verano.

Tan inconcebible es la incerteza de la temperatura de aquel clima, que no me atreveré á decir á punto fijo cuando empiezan ó acaban las estaciones; pues es cierto que cualquiera fuese el nombre que yo les diera, el primer observador del tiempo me probaría fácilmente que me equivocaba, con solo recordar que el termómetro señalaba cien grados en el período que yo incluía en el invierno, ó cincuenta grados mucho despues que yo habia hecho comenzar el verano.

El clima de Inglaterra se llama inconstante, pero este nombre nunca se lo darán en mi entender los que conozcan el clima de los Estados-Unidos. Un caballero, en cuya exâctitud podia tener entera confianza, me aseguró que repetidas veces habia visto variar el termómetro sobre cuarenta grados en el espacio de doce horas. Esa inestabilidad desagradable de la temperatura es sin duda una de las causas principales de la insalubridad de aquella region.

Sin embargo cuando estabamos ya hartos de dar diente con diente, y habiéndonos medio arruinado con el gasto de leña ( que es casi tan cara allí como en Paris, y mas cara en otras muchas partes de la Union), se nos presentó el verano de repente con todo el aparato de su magestad, y volvimos á invocar en nuestro favor la nieve del pozo, el fresco del terrero y la sombra de las celosías y persianas.

A principios del verano de este año (1829) ofreció Cincinatos un espectáculo, me parece que sin ejemplo en ningun otro siglo ni pais. Mr. Owen, el de Lanark, el de la Nueva-Harmonia, el de Tejas, que sé yo de cuántas partes mas, en fin Mr. Owen tan conocido en el mundo por todos ó cualquiera de esos *títulos*, habia desafiado todo el público religioso de los Estados-Unidos á discutir con él públicamente la verdad ó falsedad de todos los cultos que desde la creacion habian obtenido la veneracion del género humano en toda la tierra; declarando ademas: que se comprometia á probar que todas las religiones eran igualmente falsas, y casi igualmente perniciosas. Este escandaloso cartel se publicó en todos los periódicos de la Nueva-Orleans y resonó por todas partes sin que nadie respondiese á reto tan extraordinario. Por último el reverendo Alejandro Campbell de Betania (no la de Judea



sino la del Quentuqui) respondió por los mismos órganos : que alzaba el guante y estaba pronto á saltar á la palestra. El lugar destinado para esta singular discusión fué Cincinatos, el tiempo desde el segundo lúnes del mes de mayo de 1829, casi al año de la aceptación del desafío, dando tiempo de esa manera á los contendientes para que se prepararan.

Los preparativos de Mr. Owen no pudieron ser mas que los de un viajero que apenas tiene tiempo para leer; pues en todo el intervalo solo se ocupó en excursiones continuas, atravesando gran parte del Norte de América, cruzando dos veces el Atlántico, visitando la Inglaterra, la Escocia, Méjico y Tejas, y recorriendo no sé qué mas países.

Mr. Campbell empleó su tiempo de un modo mui diferente, ocupándose con grande estudio y perseverancia en la lectura de todas las obras teológicas que tuvo á su alcance. Pero á pesar de la confianza que la instruccion y piedad de Mr. Campbell inspiraban á sus amigos, y aun en general á todos los cristianos de Los-Cincinatos, no fué bastante para inducir á Mr. Wilson, ministro presbiteriano de la iglesia mas grande de la ciudad, á que permitiese en el recinto de sus muros semejante combate : cosa que se reprobó mucho y que se sintió mas, porque era general la curiosi-

dad de oír aquella discusion, y ningun otro edificio era tan capaz como su templo.

Eligióse pues una capilla metodista, donde cabian hasta mil personas, y se formó un pequeño teatro al rededor del púlpito con bastante espacio para contener á los opositores y sus taquígrafos. En el mismo púlpito estuvo, durante todo el tiempo de la disputa, el padre de Mr. Campbell, cuya edad, los blancos cabellos que flotaban sobre sus hombros y el venerable aspecto de su rostro animado por el vivo interes é infatigable atencion con que escuchaba, hacian de él una de las figuras mas interesantes del grupo. En otra parte opuesta del edificio se levantaba otra plata-forma, donde estaban sentados siete vecinos del pueblo, que habian sido elegidos como moderadores para conservar el orden.

Lo demas de la capilla estaba igualmente dividido en dos mitades, la una para las señoras, la otra para los caballeros. La puerta reservada para aquellas estaba guardada con mucho celo por personas puestas allí á fin de prevenir todo agolpamiento de gentes ó cualquiera estorbo que les obstruyera el paso. Yo presumo que ese rasgo de galantería se debió á Mr. Owen, pues las disposiciones con respecto á las pobres reclusas nada tuvieron de americano.



Cuando se levantó Mr. Owen, estaba ya el edificio de bote en bote, componiéndose el auditorio, la congregacion ó como quiera llamarse, pues yo no sé qué nombre darle, de las personas mas respetables de la ciudad, y desplegando su elegancia y riqueza tan buenos sombreros, cintas y encages como podia haber reunido *la iglesia de los dos cuernos*.

La introduccion de Mr. Owen fué recibida con un silencio profundísimo y escuchada con la atencion mas escrupulosa; y á la verdad nunca la oyeron tan extraña ni hombres ni mugeres que dijeran creian en Jesucristo.

Cuando me acuerdo de su objeto, y de la tranquila seguridad con que el orador declaró que estaba íntimamente convencido; despues de un maduro exâmen, de que toda la historia del cristianismo era una patraña y su origen sagrado una fábula, no puedo menos de maravillarme de que lo escucharan con tanta calma. Nunca habia observado persona alguna con mas felicidad que Mr. Owen la máxima : *sua-viter in modo*. El tono dulce de su voz, su manera blanda y algunas veces jocosa sin ser irónica; el esmero con que evitaba toda expresion áspera ó vehemente; el interes cariñoso que manifestaba en favor de toda *familia humana*; el aire de candor con que expresaba su deseo de ser convencido, en caso de enga-

ñarse por error ó ilusion, si estaba en efecto engañado, su amable sonrisa, la tierna expresion de sus ojos, en una palabra, su ademan, su gesto, todo él desarmaba el celo mas fanático, é inspiraba un sentimiento de tolerancia que seria imposible de concebirse, y aun increíble para los que no lo oyeron.

Media hora era el tiempo concedido á cada orador. Cuando este espiró, los moderadores sacaron sus relojes; Mr. Owen tambien sacó el suyo (sin interrumpir su discurso), se sonrió, meneó la cabeza, y dijo entre paréntesis : « Paciencia por un momento, » y prosiguió cerca de otra media hora.

Levantóse entonces Mr. Campbell á cuyo favor predisponian el concurso su persona, su voz y sus maneras. En su primer ataque se sirvió de las armas, que en general se hubiesen considerado como pertenecientes á los sostenedores de la opinion contraria. Cerró con Mr. Owen sin conmiseracion; aquí le mordía sus paralelógramos; allí le arañaba su *perfectibilidad* humana, y tenia todo el auditorio en una carcajada continua.

Volvió Mr. Owen á dirigirnos la palabra empleando cinco minutos en felicitar á Mr. Campbell con toda la fuerza que le habia dejado su excesivo reir de corazon, pero al cabo de cinco minutos dijo, mudando de tono : que



el asunto era demasiado grave para gastar otra media hora tan ligeramente, aunque con tanto placer, como la que acababa de pasar, y en seguida nos leyó lo que él llamaba sus doce leyes fundamentales de la naturaleza humana. Estas doce leyes han corrido tanto por todas partes que me parece inútil el repetir las aquí. A mí me parecen doce verdades de Pero-Grullo que ningun hombre sensato puede pensar en contradecir; mas, como pueda cada uno concebir que la explicacion y defensa de esas leyes haya podido suministrar materia á su pluma y á su lengua durante tantos años, de inagotable declamacion, ó como se le haya metido á él en la cabeza que podian convertirse en una refutacion del cristianismo, es misterio que yo nunca espero comprender.

Por entonces Mr. Owen se atrincheró en sus doce leyes; y Mr. Campbell con igual gravedad se contentó con desplegar, como guerrillas, las autoridades teológicas mas elaboradas que pudo hallar á la mano en favor de la religion revelada.

A mí me pareció que ninguno de los dos se respondia, sino que se reducian á hacer alarde de su saber, explicando lo que tenian ya en su mente aun antes de comenzar la discusion. Era esto de lamentarse en cuanto á Mr. Campbell, quien en mi sentir hubiera sido mucho

mas fuerte, si hubiera contado mas consigo mismo y menos con sus libros. Mr. Owen es un hombre extraordinario, y hombre ciertamente de talento, pero yo lo considero como enteramente á obscuras en las tinieblas de sus propias teorías, de modo que no alcanza á ver por medio de ellas, ni aun siquiera para mirar el mundo, tal cual existe realmente al rededor de él.

Concluidos los debates, que duraron quince sesiones, Mr. Campbell rogó á toda la asamblea que se sentara. Obedecieron todos; y luego pidió que todos los que estuvieran decididos por el cristianismo y desearan su prosperidad se levantasen; invitacion á que respondió una mayoría mui grande poniéndose en pie al instante. Suplícoles que se sentáran, y pidió que los que no creyeran en sus doctrinas se pusiesen en pié, lo que hicieron unos cuantos hombres y una dama.

Mr. Owen protestó contra esta maniobra, como él la llamaba, negándose á creer que suministrase prueba alguna del verdadero estado de la mente de los hombres ni tampoco de las mugeres; y declaró que no solamente debia esperarse aquel resultado en el actual orden de cosas, sino que él mismo consideraba como una obligacion de toda persona que tuviera familia que mantener el no arriesgarse á per-



der la venta de sus puercos ó de su hierro, por la declaracion de opiniones, que ofenderian la mayor parte de sus parroquianos. Se ha dicho que al cabo de las quince sesiones el total numérico de los cristianos é infieles de Los-Cincinnati era exactamente el mismo que cuando empezaron. Tal vez debia contarse anticipadamente con ese resultado; pero lo que no entraba en la prevision humana era el que ninguno de los contrincantes se exaltara ni perdiera su calma habitual. Al contrario, los dos se llevaban mui bien, estaban constantemente juntos, y no hablaba jamas uno de otro, sin manifestar con la sinceridad mas cordial que se tenian mutuamente una grande estimacion.

Todo eso podia únicamente suceder en el Norte de América; y yo no estoi mui segura de que fuera un bien el que sucediera en otra cualquiera parte.

Cuando he notado los varios acontecimientos de regocijo y aparato que rompieron la triste igualdad de nuestra vida en la capital del Oeste, he omitido hacer mencion del baile del nacimiento ó cumpleaños (Birth-day), como llaman la fiesta que celebran, creo que el 22 de febrero, en todas las ciudades, villas y rancherías de la federacion: asi consagran con un solemne aniversario el dia del nacimiento

de Washington, dia que merece justamente señalarse entre los Americanos como un dia de jubileo.

Yo me quedé atónita, cuando entramos en la sala del baile, del golpe de vista que presentaba. La pieza aunque espaciosa estaba llena de gente perfectísimamente puesta. Las damas, entre las cuales brillaban muchas y mui lindas jóvenes, habian revuelto el fondo del cofre y apurado los consejos del tocador. Los caballeros no se presentaban menos compuestos y acicalados, mas todavía estaba yo mui poco tiempo en la América Occidental para no dar un respingo cuando en cada elegante que pasaba por junto á mí reconocia al mercader ó al tendero que estaba acostumbrada á ver detras de su mostrador, ó durmiendo á la puerta de su almacen, como se ven por toda la ciudad. Como yo nunca habia visto mirar con mas gusto é intencion al mayorazgo de una familia rica, inferí de las risas y halagos que les prodigaban las mas bellas y elegantes de la reunion, que allí son considerados como la primera clase de la sociedad. Sin embargo no se debe suponer que entre ellos no haya distincion de rangos; en este mismo baile eché de menos entre muchas jóvenes mui hermosas á otra jóven mucho mas hermosa todavía, cuya amable fisonomía me habia llamado la atencion en los exámenes



del colegio de que hemos hecho mencion. No pudiendo hallarla, pregunté á un caballero : porqué la hermosa Miss C. no estaba allí.

— No entendeis todavía nuestra aristocracia, me respondió; Miss C. es de una familia mecánica, (es decir : de *obreros*).

— Pero esa señorita se ha educado en la misma escuela que estas que vemos aquí, y su hermano tiene una tienda en la ciudad tan grande, y aparentemente en un estado igual de prosperidad que la mejor que puedan tener estos jóvenes. ¿En qué consiste pues la diferencia?

— En que es *mecánico* (obrero); pues tambien trabaja en los artículos que vende. Los otros no hacen mas que vender, y se llaman comerciantes.

El baile no fué mui semejante, ni tampoco dejaba de serlo, á los que se arman en las partidas de campo, en que mas se corre que se baila. Llamam *cotillones* á lo que llamamos cuadrillas, y el maestro indica las figuras en ingles, cosa que produce un efecto mui grotesco en los oídos europeos.

Las disposiciones para la cena fueron mui singulares y eminentemente características de las costumbres del pais. Los hombres se retiraron á otra habitacion de la fonda, donde les habian preparado un banquete opíparo; mas

las pobres mugeres se quedaron solas, y mientras en su ausencia se paseaban tristemente por el salon, les fueron poniendo en la mano á cada una su platillo : poco despues aparecieron algunos criados, les pido perdon, asistentes quise decir, con bandejas de dulces, tortas y cremas. Las infelices se sentaron entonces en una rueda de sillas colocadas junto á la pared y diciéndo á la falda : « Hágame mesa, » empezaron á saborear su dulce pero melancólico refresco. No hai escena de comedia que represente un contraste mas ridiculo que el que formaban la gala de los trages y los espléndidos adornos de la sala con el abandono, tristeza y soledad de las mugeres.

○ Ni era efecto de economía ni falta de espacio aquella disposicion, sino simplemente porque asi lo querian los hombres. Tal fué la respuesta que me dieron cuando llevada de la curiosidad pregunté : porqué no cenaban juntos los caballeros y las damas; y esa respuesta la confirmaron despues las varias personas á quienes hice la misma pregunta.

○ Donde no hai corte, que es en los demas paises el espejo en que se miran las clases mas elevadas de la sociedad, y cuya luz, reflejada por estas á las clases inferiores, va puliendo por grados la mayor parte de la poblacion, no debe esperarse que se haga mucho estudio de



modales y urbanidad, ni que lleguen los usos y estilos del trato humano al mismo grado de elegancia. No obstante esa causa sola no puede producir tan grande diferencia ó mas bien la falta absoluta de maneras. Las horas de recreo son de suma importancia para los entes racionales que en todas partes procuran aprovecharlas. Los que solo se divierten con los placeres de la sociedad, sean intelectuales ó materiales, se preparan para gozarlos, y cuando se ven forzados á contentarse con las delicias de la soledad, hacen un papel mui miserable; como al contrario los que no hallan placer sino en el retiro, rara vez pueden procurarlo ni recibirlo en la sociedad: Donde quiera que uno y otro sexô encuentran su mayor recreo en las escenas en que se acercan, ambos se preparan á fin de presentarse en el mismo círculo con ventaja. Los hombres no se dan entonces á mascar tabaco, ni aun se permiten escupir, y las mugeres hacen cuanto pueden por merecer un puesto mas decoroso que el de amas de gobierno, y adquirir adornos mas halagüeños que el arte profundo de hacer el té.

En el Norte de América, si se exceptua el baile, que casi se reduce á los solteros y solteras, todas las diversiones de los hombres excluyen la presencia de las mugeres. Ellos co-

men, ellos juegan, ellos tienen conciertos, ellos cenan, todo eso en grandes reuniones, pero todo sin mugeres. Si no fuera una costumbre general, es imposible que no tuvieran bastante ingenio para buscar algun expediente, á fin de desembarazar á sus esposas y á sus hijas, cuando se lo permitieran las circunstancias, de los oficios sórdidos y humildes que casi todas desempeñan en sus casas. Aunque las ricas no se ocupen de lavar y planchar ó de amasar budines y tortas la mitad del dia y en cocerlos en el horno la otra mitad; sin embargo, siendo iguales en su estado de servidumbre, ni aun las del rango mas elevado se exîmen de las tareas mecánicas, y asi no tienen posibilidad ninguna de adquirir las prendas y hábitos que forman una compañera elegante é ilustrada. En Baltimore, Filadelfia y Nueva-York he encontrado algunas excepciones; pero hablando del pais en general, lo que acabo de decir, es una verdad indisputable.

Si no me hubiera cansado de residir tanto tiempo en un parage que aborrecia con todo mi corazon, ni hubiera empezado á temer que no era favorable á los proyectos que habia formado, y cuyo buen éxito me habia prometido de antemano con harta ligereza, habria encontrado un manantial casi inagotable de diversion en las ideas y opiniones de las gentes